

lios de la corona; juró que se lo haría entregar, y hasta habló de castigarlos por su falta. Error idéntico al que cometió Enciso y ocasionó su caída; de consiguiente, providencia muy arriesgada para un presunto gobernador. La amenaza no pasó desapercibida de los embajadores Diego de Albitez y el bachiller Corral, acabando de alarmarles una conversacion que tuvieron con Lope de Olano, preso todavía por su desercion pero que encontró medios de comunicar desde su prision con los enviados, y predisponer el ánimo de estos contra su confiado comandante. «Tomad les dijo, ejemplo de mí: Yo envié á Nicuesa socorros, salvándole de morir de hambre en una isla desierta; y me ha pagado cargándome de cadenas. Tal es la gratitud que de él tiene que esperar el pueblo de Darien!»

El astuto bachiller Corral y su compañero tomaron el negocio por lo serio y en consecuencia adoptaron sus medidas, apresurando su partida con la idea de entrar antes que Nicuesa en Darien. Así que llegaron, convocaron una junta compuesta de los principales habitantes. «Buen cambio hemos hecho, señores, dijeron, llamando á Diego Nicuesa para que nos gobierne. Hemos salido de los dientes de un lobo, para caer en las garras de un tigre, que no se creará satisfecho hasta habernos devorado.» Entonces refirieron con la acostumbrada exageracion las amenazas que habian oido á Nicuesa, ponderando al mismo tiempo el mal trato que daba á Olano como prueba de su ingratitud y tiranía.

Las palabras del astuto bachiller Corral y su compañero, produjeron una violenta agitacion en Darien; particularmente entre aquellos que habian acumulado riquezas, que se trataba de hacerles devolver. Nicuesa por otra parte con un acto capaz de destruir las pocas simpatías que le quedaban, dió tiempo á que fermentasen las pasiones, deteniéndose muchos días en un grupo de pequeñas islas, con objeto de hacer esclavos y venderlos; y mientras cometía tales ultrajes contra la humanidad, mandó á Juan de Caicedo con un bote para advertir á los de Darien de su llegada. Este, que alimentaba un oculto resentimiento contra él, aseguró al pueblo de Darien, que cuanto habian dicho sus enviados concerniente á la ingratitud de Nicuesa era cierto; que trataba á sus compañeros con excesiva severidad; que les quitaba todo lo que adquirian en los combates, diciendo que los despojos le pertenecian de derecho; y que pensaba portarse con ellos del mismo modo. «Os habeis vuelto locos añadió, para enviar en busca de un tirano, gozando como gozabais de completa libertad!»

Los habitantes de Darien, quedaron convencidos con tal abundancia de testigos, y asustados del inmenso peligro que les amenazaba. Habian destituido á Enciso por severo, y se iban á entregar de motu proprio en manos de otro que parecia serlo cien veces mas! Vasco Nuñez de Balboa que observó su perplejidad y consternacion, les fue hablando secretamente, llamándolos aparte, uno á uno. «Estais desanimados, les dijo, porque creéis que el mal no tiene cura. No desesperéis; el remedio está en vuestra mano. Ya que cometisteis el error de llamar á Nicuesa, no le recibais!» Todos comprendieron la facilidad y sencillez de este remedio que fue unánimemente adoptado.

CAPITULO XIII.

Catástrofe del desgraciado Nicuesa.

(1511.)

MIENTRAS se fraguaba aquella conspiracion en Darien, seguía Nicuesa tranquilamente su viaje, llegando sano y salvo á la embocadura del rio. Al acercarse á la playa, vió que le esperaba la multitud, capita-

neada por Vasco Nuñez, y se figuró que salian á recibirle y tributarle los honores debidos á su persona. Iba ya á desembarcar, cuando el fiscal le llamó en alta voz, y se lo prohibió, aconsejándole que se volviera á toda prisa á su gobierno de Nombre de Dios.

Nicuesa quedó por un momento como herido de un rayo. Una vez repuesto de su asombro, les contestó que venia porque le habian llamado; que le dejasen desembarcar, porque era necesario entrar en explicaciones, despues de lo cual obrarian como les pareciese oportuno. Sus exhortaciones fueron vanas, dando solo por resultado insolentes respuestas de violencias para el caso de que se arriesgara á poner el pié en tierra. Sobreviniendo pues la noche tuvo que hacerse á la mar; pero, volvió á la mañana siguiente, esperando que aquella caprichosa gente variaria de opinion.

En efecto, al parecer se habia verificado un cambio en su favor, pues le invitaron á bajar á tierra. El, sin conocer la estratagemá, desembarcó; y en el mismo instante se le echó encima la multitud con objeto de prenderle. Entre las cualidades notables de Nicuesa se contaba la de ser muy ligero de piés, y á ella apeló para salvarse: olvidando su dignidad de gobernador, echó á correr perseguido por la chusma, consiguiendo en breve colocarse á una distancia respetable y guarecerse en los bosques.

Vasco Nuñez de Balboa, que era tambien hombre de distinguida cuna, se arrepintió de lo que habia hecho, al ver tan bien nacido caballero en tal extremo, expuesto á ser la víctima de un populacho furioso. No habia previsto que las cosas tomasen aquel carácter de violencia; y entonces trató, aunque tarde, de apaciguar la tempestad que habia excitado. Desde luego pudo lograr que no persiguiesen á Nicuesa por el bosque, esforzándose despues en moderar la vengativa cólera de su compañero, el alcalde Zamudio, cuya hostilidad se aumentaba con el temor de perder su puesto, si era recibido el nuevo gobernador, y cuyas malas disposiciones respecto de este último estaban apoyadas por la aficion natural que la multitud tiene á las que se llaman «medidas fuertes.»

Nicuesa se valió de Vasco Nuñez para entrar en negociaciones con el pueblo. Les suplicó, que si no querian recibirle como gobernador, le recibiesen como compañero; pero no aceptaron, por miedo de que admitiéndole en tal calidad, llegara pronto á apoderarse del mando: entonces les rogó que le recibiesen, aunque fuera como preso, cargándole si querian de cadenas; pues preferia morir entre ellos, á volver al puerto de Nombre de Dios, donde sucumbiria de hambre, ó herido por las flechas de los indios.

En vano se interesó Vasco Nuñez por aquel desdichado caballero. Confundiase su voz entre el bullicio de la multitud, alborotando mas que nadie con sus baladronadas un tal Francisco Benitez, hablador y manipulante de á folio, que se gozaba en la desventura del caballero, y respondia á cada solicitud en favor de este con sarcasmos y carcajadas. Era una especie de comensal del alcalde Zamudio, y contando con su patrocinio se atrevia á proceder así: su voz sobrepujaba á todas; tanto que á las reconvenções de Vasco Nuñez replicó con descompuestas voces: «No, no. ¡No queremos recibir á un hombre como Nicuesa entre nosotros!» Agotada la paciencia de Vasco, mandó como alcalde que era tambien, y antes de que su compañero pudiera intervenir, dar cien azotes al alborotador; lo cual fue inmediatamente ejecutado (1).

En seguida, viendo que la plebe no tenia traza de apaciguarse, envió á decir á Nicuesa que se reembarcase, y no volviese á tierra hasta nuevo aviso. Este consejo fue infructuoso, pues Nicuesa, incapaz de engañar á nadie, juzgaba á los otros por sí mismo.

(1) Las Casas, Hist. Ind., Lib. II, c. 68.

AQUÍ FENECIÓ EL DESDICHADO NICUESA,

Retiróse á su bergantin; pero cediendo á las instancias de una comision que fue á buscarle de parte del público, con la oferta del gobierno de Darien desembarcó de nuevo. Inmediatamente fue sorprendido por una partida de gente armada que capitaneaba el villano Zamudio; y este le hizo jurar, amenazándole con la muerte, que se marcharia en el acto sin parar hasta presentarse al rey y al consejo de Castilla.

En vano le recordó Nicuesa que él era el gobernador del territorio y representante del rey y que incurrian en pena de traidores oponiéndosele; en vano apeló á su humanidad, protestando ante Dios contra tan cruel persecucion. El pueblo habia llegado á ese estado de efervescencia, que le hace añadir la inhumanidad á la injusticia; y no contentándose con expulsar al desdichado gobernador, le dieron el peor buque que habia en el puerto, un viejo y desmantelado bergantin, incapaz de sufrir los choques y peligros del mar.

Embarcáronse con él diez y siete hombres, algunos de ellos servidores suyos, y el resto voluntarios que se decidieron á acompañarle por respeto y simpatía. Este frágil y miserable barco, zarpó de Darien el 1.º de marzo de 1511, navegando por el mar Caribe con rumbo á la Española; pero nadie le vió mas ni volvió á hablarse nunca de él.

Varias averiguaciones se han hecho para penetrar el misterio en que está envuelta la pérdida de aquel bergantin y su tripulacion: algunos años despues corrió muy válida la noticia, de que unos españoles, vagando por las costas de Cuba habian hallado la siguiente inscripcion grabada en un árbol:

VASCO NUÑEZ DE BALBOA,

DESCUBRIMIENTO DEL OCEANO PACIFICO.

CAPITULO I.

Partidos en Darien.—Vasco Nuñez elevado al mando. (1511.)

HEMOS trazado el cuadro de las desgracias de Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa; ahora vamos á bosquejar la historia, de Vasco-Nuñez de Balboa, aventureiro, igualmente intrépido, mucho mas famoso y no menos desgraciado, que en cierto modo se levantó sobre sus ruinas.

Tan pronto como se perdió de vista el buque que conducia al desventurado Nicuesa, volvieron á reproducirse los partidos sobre eleccion de gobernador; insistiendo el bachiller Enciso en reclamar su derecho como jefe superior. Ofreciósele, empero, un poderoso competidor en Vasco-Nuñez de Balboa, que habia llegado á ser favorito del pueblo, así por su carácter franco é intrépido, como por su afabilidad con todos. Indudablemente era persona á propósito para manejar á sus paisanos, porque los españoles, aunque orgullosos y vengativos é incapaces de sufrir con paciencia las injurias ni la opresion, fácilmente son deslumbrados por el valor y seducidos por la cortesía y la benevolencia.

Vasco-Nuñez, poseía ademas, todas las cualidades exteriores que cautivan los ánimos de la multitud. Tenia treinta y cinco años; era alto, bien formado, vigoroso, con el pelo rubio y aspecto francés é imponente. Mientras desempeñó el cargo de alcalde, modificó la conducta irregular y escandalosa que habia observado, siendo un mero soldado de fortuna; y con esto y su talento despejado cobró bien pronto pre-

ponderancia sobre su colega Zamudio. De consiguiente, poseía elementos bastantes para hacer una vigorosa oposicion á Enciso. Sin embargo, procedió legalmente, citando á juicio al bachiller acusándole que hubiese usurpado el poder de alcalde mayor, sin mas autoridad que el nombramiento de Alonso de Ojeda, cuya jurisdiccion no se extendia á aquella provincia. Enciso, como hábil abogado, defendió bien su pleito; pero, sus razones eran sofisticas, y aun no siendolo, luchaba con hombres que se cuidaban poco de las leyes, que estaban irritados con sus exacciones legales, y mas dispuestos á que les gobernase un militar que un jurisperito. Fue, por lo tanto declarado reo, condenado á prision y sus bienes quedaron confiscados: sentencia violenta y que se ejecutó sin piedad, porque la justicia, trasplantada á los bosques del Nuevo Mundo, parecia encrudescerse y tomar un carácter salvaje. Sin embargo, en ningun país se cometen iniquidades impunemente: la tiranía ejercida con el bachiller Enciso, aunque revestida de todas las formas legales y en regiones apartadas del orbe civilizado, redundó en perjuicio de Vasco Nuñez, contribuyendo á marchitar los frutos de aquella misma ambicion que debia satisfacer.

La fortuna del bachiller tomó un giro muy contrario á la agradable perspectiva que se le ofrecia á su salida de Santo Domingo; tuvo que presentarse en la barra como reo, en lugar de actuar en el tribunal como juez; y sufrió en la cárcel las consecuencias de su última tentativa para obtener el mando. No obstante, sus amigos intercedieron por él con calor; y al fin, lograron que se le pusiera en libertad, dán-

(1) Las Casas, *ut supra* c. 68.

dole permiso para volver á España. Vasco Nuñez comprendió que el abogado defendería mejor su causa ante el tribunal de Castilla, que lo había hecho ante los jueces parciales y preocupados de Darien, y por lo mismo hizo que su colega Zamudio, implicado como él en los últimos acontecimientos, volviese á España con el bachiller para estar presente y responder á los cargos, refiriendo de una manera favorable el asunto. También le dió instrucciones para que publicase sus servicios, como conductor de los españoles á aquel sitio, y director de los negocios coloniales; sin omitir el ponderar las probabilidades de grandes riquezas en el país comarcano.

El bachiller y el alcalde se embarcaron en una pequeña carabela; y como debían tocar de paso en la Española, Vasco Nuñez envió allá á su particular amigo, el regidor Vallivía, á fin de que trajese provisiones y reclutas. Entrególe además secretamente una buena suma de oro para Miguel de Pasamonte, tesorero de la Española, pues sabía que gozaba del favor del rey y que estaba investido de extensos poderes; pidiéndole, al mismo tiempo, su protección en el Nuevo Mundo y su influencia en la corte.

Después de tomar tan astutas precauciones, vió Vasco Nuñez partir la carabela sin desalentarse, no obstante que conducía á España á su más peligroso enemigo; consolándole la reflexión de que también iba en ella su colega Zamudio, y de este modo quedaba él solo mandando la colonia.

CAPITULO II.

Expedición á Coiba.—Vasco Nuñez recibe en rehenes á la hija del cacique.

EJERCITÓSE Vasco Nuñez en probar que era capaz de desempeñar el cargo de gobernador á que aspiraba; y sabiendo que no había demostración más convincente para el rey Fernando que la de enviarle grandes remesas de oro, con lo cual se olvidaban todos los pecadillos cometidos en el Nuevo Mundo, su primer objeto fue averiguar los sitios que en el país abundaban más en este precioso metal. Habiendo oído relaciones exageradas acerca de la provincia de Coiba, distante de Darien unas treinta leguas, mandó á Francisco Pizarro con seis hombres para que la explorase.

Luego que el cacique Zemaco, señor natural de Darien, que como tal, fomentaba las hostilidades contra los españoles y andaba rondando con sus guerreros por las cercanías de la colonia, tuvo noticia por sus espías de la salida de aquel destacamento, se emboscó con la idea de destruirlo. Apenas habían andado los expedicionarios tres leguas río arriba, cuando una hueste de salvajes, saliendo repentinamente de la espesura, se les echó encima, dando abullidos espantosos y descargando sobre ellos una lluvia de piedras y flechas. Pizarro y los suyos, aunque heridos y maltratados, acometieron al grueso del enemigo, matando muchos, hiriendo más y poniendo el resto en precipitada fuga; pero con los temores de otro asalto, retiráronse velozmente, dejando á uno de sus compañeros, Francisco Hernán, mal herido en el campo. Llegaron al establecimiento estropeados y chorreando sangre; pero, cuando Vasco Nuñez oyó los pormenores de la refriega, se enfureció contra Pizarro, ordenándole que volviese inmediatamente á pesar de sus heridas á recoger al soldado que había dejado en el campo. «Que no se diga», exclamó, «que ha habido españoles que huyesen de los salvajes, dejando un camarada en su poder.» Pizarro sintió la fuerza de esta reconvencción, tornó al sitio del combate y trajo consigo á Francisco Hernán.

Nada se había vuelto á saber de Nicuesa: Vasco Nuñez despachó dos bergantines en busca de los compañeros de aquel desgraciado que habían permanecido en Nombre de Dios. Su júbilo fue extraordinario vien-

do que se les libertaba de su precaria situación, llevándoles á un establecimiento donde se podía vivir cómodamente. Costeando los bergantines las playas del istmo encontraron dos españoles, con el cuerpo pintoreado y la apariencia de salvajes; habíanse escapado de los buques de Nicuesa, hacia año y medio, huyendo del castigo y se refugiaron en Coiba, poniéndose bajo la protección del cacique Careta. El jefe salvaje los trató con benévola hospitalidad en premio de la cual lo primero que hicieron al encontrarse salvos entre sus compatriotas, fue aconsejar á estos que invadiesen el domicilio del cacique, donde hallarían un inmenso botín. Sus sugerencias encontraron eco; uno de ellos se embarcó á fin de servir de guía á la expedición que debía ir por tierra desde Darien, y el otro volvió al lado del cacique, para consumir la obra.

Las noticias dadas por aquellos vagos de las selvas colmaron de placer á Vasco Nuñez: inmediatamente escogió ciento treinta hombres bien armados y partió con ellos en dirección á Coiba. El cacique recibió á los españoles en su domicilio con la acostumbrada hospitalidad de los salvajes, dándoles de comer y beber, de cuanto tenía en su casa; pero, como Vasco Nuñez le pidiese una gran cantidad de provisiones para abastecer su colonia, contestóle no le era posible facilitársela, porque las tierras estaban sin cultivo á consecuencia de la guerra con su vecino, el cacique de Ponca. El español que quedó al lado del cacique para venderle, llamó á parte á Vasco Nuñez y le aseguró que había multitud de provisiones almacenadas en secreto. Añadió que lo mejor sería fingir que regresaban á Darien con la tropa, creídos de las palabras del cacique, volviendo de noche á sorprender la población. Vasco Nuñez aceptó el consejo de aquel miserable; se despidió cordialmente de Careta y tomó el camino de su establecimiento. A media noche, mientras los salvajes dormían profundamente, colocó Nuñez su gente en medio del pueblo, y antes de que los habitantes pudiesen pensar en defenderse, ya estaban reducidos á cautividad Careta; sus mujeres, sus hijos y gran parte de sus súbditos. Descubrió en seguida los almacenes donde estaban las provisiones, cargó con ellas dos bergantines y se volvió con los cautivos y el botín á Darien.

La desesperación del cacique no tuvo límites al verse tratado de aquella manera, y cautivos en poder de extranjeros él y toda su familia. «¿Qué te he hecho», dijo á Vasco Nuñez, «para que me trates tan cruelmente? Si alguno de tu país ha venido al mío, le he manifestado la más cordial amistad, dándole comida y techo. ¿He salido acaso á recibirte con el dardo en la mano? No; te he proporcionado de comer y beber como á un hermano; dejame libre con mi familia y mis súbditos, y seremos amigos: yo te suministraré las provisiones que necesites y te revelaré los tesoros que hay en mi país. ¿Dudas de mi fe? Toma mi hija, te la dejo en prenda de amistad. Hazla tu mujer, y vive seguro de la fidelidad de su familia y de su pueblo.»

Vasco Nuñez, sintiendo la fuerza de estas palabras, comprendió que una alianza con los naturales le sería muy provechosa; la cautiva doncella contribuyó también á decidirlo, porque le agradó el aire tímido y abatido con que estaba delante de él, siendo además joven y hermosa. Accedió pues á la súplica del cacique, aceptando á su hija y comprometiéndose á protegerle contra sus enemigos, bajo condición de proporcionarle él provisiones para la colonia.

Careta permaneció tres días en Darien, durante los cuales fue tratado con la mayor afabilidad; Nuñez lo llevó á bordo de sus naves, enseñándole todas sus divisiones y mecánica; le mostró también los caballos de batalla con sus armaduras y ricos caparzones, asombrándole además con el estruendo de la artillería,

CAPITULO III.

Vasco Nuñez oye hablar de un mar al otro lado de los montes.

Vasco Nuñez, en cumplimiento de la palabra dada al padre de su bella india, tomó ochenta hombres, y con su compañero de armas Rodrigo Enriquez de Colmenares, se dirigió por mar á la provincia de Coiba, donde desembarcó invadiendo en seguida el territorio de Ponca, grande adversario de Careta y obligándolo á refugiarse en las montañas. Después asoló sus tierras y saqueó sus pueblos y recogiendo un considerable botín regresó á Coiba donde fueron sus soldados muy obsequiados por Careta. En seguida pasaron á la provincia limitrofe de Comagre, mandada por un cacique del mismo nombre y que tenía 3000 hombres

Para indemnizarle del susto ocasionado por todos estos aparatos de guerra, mandó á las músicas que tocasen algunas armonías, con lo que la admiración del cacique llegó á su colmo, y Vasco Nuñez habiéndole dado de este modo una idea sumamente elevada del poderio y grandes prendas de sus nuevos aliados: le colmó de regalos y le permitió marchar (1).

Volvió Careta lleno de júbilo á sus Estados, y su hija se quedó con Vasco Nuñez, de muy buena voluntad, abandonando gustosa por él su familia y su patria. Nunca se casaron, pero ella estaba persuadida de que era su mujer, como lo era realmente según los usos de su país. Vasco la trató siempre con singular cariño, y ella fue poco á poco adquiriendo grande influencia sobre su ánimo, tanto que al cariño que le inspiró se puede atribuir hasta cierto punto su ruina.



El hijo mayor del cacique Comagre derrama de un puñetazo el oro que había regalado á Colmenares.

de guerra, con el objeto de hacerle una visita amistosa.

La provincia de Comagre estaba situada al pié de una alta montaña, en una deliciosa llanura de doce leguas de extensión. Al aproximarse Vasco Nuñez, el cacique salió á su encuentro acompañado de siete hijos, todos de hermosa presencia, habidos en sus varias mujeres; seguíanle sus principales jefes guerreros, y

multitud de súbditos. Condujeron á los españoles con gran ceremonia á la población, alojándoles perfectamente y suministrándoles abundantes provisiones y criados de ambos sexos para que les sirviesen.

La casa del cacique excedía en magnitud, gusto y solidez á cuantas habían visto hasta entonces los españoles en aquellos países; pues tenía ciento cincuenta pasos de larga, y ochenta de ancha y estaba edificada sobre fuertes estacas, rodeadas de una pared de pie-

(1) P. Martín, d. 3. c. vi.

dra alta. La parte era de madera, primorosamente entretrejida y trabajada con un gusto tan esquisito que los españoles quedaron sorprendidos y admirados. Esta casa contenía muchas y cómodas habitaciones, varias despensas, uvas llenas de pan, carne de venado, etc.; y otras de bebidas espirituosas, que los indios hacían de maíz mezclado con una especie de palma y raíces de diferentes clases; y por último, un gran salón, en lo más recóndito del edificio donde Comagre conservaba los cuerpos de sus antepasados y parientes. Secábanlos ó curábanlos al fuego para preservarlos de la corrupción, y envolviéndolos luego en mantas de algodón ricamente entretrejidas con perlas, joyas de oro y una especie de piedras preciosas, muy estimadas de los naturales, los colgaban alrededor de la pared, tributándoles sumo respeto y religiosa adoración.

De los hijos del cacique, el mayor poseía un alma elevada y generosa, distinguiéndose de los demás por su superior inteligencia y sagacidad. Conociendo, dice Pedro Martir, que los españoles eran «hombres vagabundos, que vivían del pillaje y del engaño» pensó que el medio mejor de ganar su amistad era satisfacer su codicia. De consiguiente, regaló á Vasco Nuñez y á Colmenares 4000 onzas de oro, bajo diversas formas, y además sesenta esclavos hechos en la guerra. Vasco Nuñez ordenó que se pesara la quinta parte del oro y se pusiera aparte para la corona, repartiéndose lo restante entre sus compañeros.

La repartición del oro tuvo lugar en el pórtico de la habitación de Comagre, á presencia del joven cacique que había hecho la donación. Trábase al pesarlo una reñida disputa entre ellos, sobre el tamaño y valor de las piezas que tocaban á cada uno. El inteligente salvaje se indignó oyendo aquella sórdida contienda entre seres que él había respetado tanto, y llevado de un impulso de desprecio que no fue dueño de reprimir, dió un golpe á las balanzas con el puño y esparció el resplandeciente oro por el pórtico. Antes de que los españoles volvieran en sí del asombro que les causó acto tan brusco hablóles en los siguientes términos. «¿A qué disputais sobre tal vagatela? Si este oro es realmente tan precioso para vosotros que por él habeis abandonado vuestras casas, invadido las pacíficas tierras de los demás y soportado tantos sufrimientos y peligros, yo os enseñaré una región en donde podreis saciar completamente vuestros deseos. Mirad esas altas montañas, continuó señalando al Sur; al otro lado hay un gran mar, que puede verse desde su cima; navega por él una nación que tiene bajeles tan grandes como los vuestros provistos asimismo de velas y remos. Todos los arroyos que bajan al mar por la parte del Sur abundan en oro; tanto que los reyes que habitan en sus orillas, comen y beben en bajilla de oro, el cual se cria allí con tanta abundancia como el hierro entre los españoles.»

Admirado Vasco Nuñez de lo que oía, se informó con ansia de los medios que podrían emplearse para penetrar en aquel mar y visitar sus opulentas playas. «La empresa, replicó el príncipe, es difícil y peligrosa. Hay que pasar por las tierras de muchos poderosos caciques que se os opondrán con sus armadas huestes; algunos parajes de las montañas están infestados de canibales; raza cruel, perversa y vagabunda: pero, sobre todo, encontrareis al gran cacique Tubanamá, cuyo territorio dista de aquí seis jornadas, y abunda más en oro que ninguna otra provincia, el cual es seguro que vendrá á atacaros con un numeroso ejército. De consiguiente, para lograr vuestra empresa, se necesitan mil hombres armados como los que os acompañan.»

El joven cacique le dió informes todavía más extensos sobre la materia, adquiridos de varios prisioneros de guerra, y de uno de su nación que había sido mucho tiempo esclavo de Tubanamá, el poderoso

so cacique del dorado reino. El príncipe, además, ofreció probar la veracidad de sus palabras, acompañando con los guerreros de su padre á Vasco Nuñez en la expedición que hiciese á aquellas tierras.

Tales fueron las primeras noticias que Vasco Nuñez tuvo del océano Pacífico y de sus grandes riquezas; desde que las oyó se efectuó un cambio radical en su carácter y conducta. Aquel hombre hasta entonces reducido á vagar, tentado arriesgadas aventuras, veía ahora un camino abierto á su ambición, que si le conducía á salvamento, afianzaria su reputación y su fortuna, poniéndole al nivel de los más grandes capitanes y descubridores de la tierra. El descubrimiento del mar que estaba al otro lado de las montañas fue en adelante su único pensamiento; y su espíritu pareció haberse elevado y ennoblecido, tan solo con aquella idea.

Para preparar lo necesario á empresa tan espléndida, apresuró su vuelta á Darién, bautizando antes de salir de la provincia de Comagre, al cacique, con el nombre de don Carlos, y ejecutando igual ceremonia con sus hijos y muchos de sus súbditos: mezcla singular de avaricia y religión, que caracterizaba á los descubridores españoles.

A poco de llegar Vasco Nuñez á Darién, fundó el regidor Valdivia que venía de la Española, sin más provisiones que las que cabían en su pequeña carabela y que pronto se consumieron. La escasez general continuó, agravándose con una violenta tempestad de lluvia, rayos y truenos, que hizo descender torrentes de los montes, saliendo de madre el río é inundando los campos vecinos. En tal apuro, despachó Vasco Nuñez por segunda vez á Valdivia en busca de provisiones. Animado además con los grandes pensamientos que bullían en su cabeza, escribió á don Diego Colon, gobernador de Santo Domingo, sobre las noticias que había adquirido de un gran mar y opulentos reinos al otro lado de las montañas; suplicándole interpusiera su influencia con el rey, para que inmediatamente le enviase mil hombres que necesitaba para emprender tan gran descubrimiento. Le mandó también la cantidad de quince mil coronas en oro, pertenecientes al rey por el quinto de lo que se había recolectado bajo su jurisdicción. Muchos de sus compañeros entregaron cantidades con destino á sus acreedores de España. Por último, Vasco Nuñez suplicaba al Almirante, que le mandase socorros con que poder sostenerse en el establecimiento, ponderándole la dificultad de mantener en la obediencia con un puñado de hombres tan vasta extensión de terreno.

CAPITULO IV.

Expedición de Vasco Nuñez en busca del templo de oro de Dobaiba.

(1512.)

MIENTRAS Vasco Nuñez esperaba el resultado de la comisión dada á Valdivia, su carácter activo le sugirió la idea de hacer alguna escursión por el país comarcano.

Entre los infinitos rumores que corrían acerca de los reinos de oro existentes en el interior de aquel país desconocido, hablábase de la provincia de Dobaiba, distante como cuarenta leguas, y situada á orillas de un gran río, que por varias bocas iba á desaguar en un extremo del golfo de Uraba.

Derivábase su nombre, según la tradición india, de una mujer poderosa en la antigüedad, madre del dios que crió el sol, la luna y todas las cosas buenas, y que dominaba los elementos. A su voz descendían el rayo, el trueno y la devastación sobre los Estados de los que tenían la desgracia de ofenderla, y la fertilidad y la abundancia sobre las posesiones de los que la tributaban una fiel adoración. Otros decían que era una princesa india que había reinado

en las montañas de Dobaiba, disfrutando de gran nombradía por su sobrenatural talento y poder. Después de su muerte, se le tributaron honores divinos y se le erigió un magnífico templo al que iban los naturales en peregrinación desde largas distancias, llevando magníficas ofrendas. Los caciques de los territorios más lejanos enviaban también en ciertas épocas del año, espléndidos regalos de oro con objeto de depositarlos en el templo, y esclavos que sacrificar en su santuario. Se decía que con el tiempo, su culto fue caducando, las peregrinaciones se hicieron menos frecuentes, y los caciques se descuidaron en el envío de las ofrendas; lo que irritó de tal modo á aquella divinidad, que castigó al país con una espantosa sequía. Secáronse los arroyos, las fuentes y los ríos; los habitantes de las montañas tuvieron que bajar al llano, y abrir pozos y hoyos profundos para beber; pero agotándose también estos, mucha gente murió de sed. Los pocos que sobrevivieron se dieron prisa á ofrecerle sacrificios para apaciguar su cólera, lográndolo por fin.

Se decía que á consecuencia de tantas ofrendas el templo estaba lleno de riquezas y sus paredes cubiertas de oro. (1) Además, los indios contaban maravillas sobre los tesoros de toda la provincia, diciendo que abundaba en minas del ansiado metal, cuyas ramificaciones corrían desde la morada del cacique hasta el confin de sus dominios.

Penetrar en el territorio de Dobaiba, y sobre todo apoderarse de los reinos del templo de oro, era una expedición digna del carácter aventurero de los españoles. Vasco Nuñez escogió ciento y setenta hombres de los más atrevidos, y embarcándose con ellos en dos bergantines y algunas canoas, salió de Darién. Después de correr como unas nueve leguas hacia el Este, llegaron á la embocadura del río grande de San Juan, llamado también Atrato, el que en lo sucesivo ha venido á parir en ser uno de los brazos del río Darién. Destacó entonces á Rodrigo de Colmenares, con un tercio de sus fuerzas, para reconocer la principal corriente del río mientras él con el resto se encaminaba por otro ramal que le dijeron bajaba de la provincia de Dobaiba, hacia donde se dirigía alegremente lleno de las más lisonjeras esperanzas (2).

Entretanto su antiguo enemigo Zemaco, cacique de Darién, había descubierto el objeto de su expedición, y tomó todas las medidas posibles para contrariarla. Dirigiase á la provincia de Dobaiba, y persuadió al cacique á que se retirase al aproximarse los españoles, dejando el país desierto.

Vasco Nuñez tropezó con un pueblo situado á las inmediaciones de un pantano, y á orillas del río, y lo creyó residencia del cacique; pero en él no halló ni un solo indio á quien pedir noticias del país, y que le guiase al templo de oro. Tampoco encontró provisiones, ni nada más que armas colgadas en las paredes de las desiertas habitaciones, joyas y pedazos de oro por valor de siete mil castellanos.

Desalentado con el salvaje aspecto que presentaban aquellos alrededores llenos de profundos pantanos y

(1) P. Martín, decad. 3, cap. VI, idem, d. 7, cap. X.

(2) Para describir esta expedición, se ha valido el autor de antiguas relaciones, escritas por los españoles, cuando apenas conocían el terreno, costándole trabajo conciliar la mención que hacen de diferentes riachuelos con los ríos que se describen en los modernos mapas. D. Manuel José Quintana prueba de un modo claro y racional, que los riachuelos reconocidos por Vasco Nuñez y Colmenares, no eran sino ramificaciones de un inmenso río, que bajando de las montañas del interior, se derramaba en cristalinos arroyos por las llanuras y marismas que rodean las orillas del golfo de Darién, descargando en éste por varias embocaduras. El hecho es, que el riachuelo que corría junto á la naciente ciudad de Santa María de la Antigua, no era más que uno de los brazos del Darién; cosa que ignoraban absolutamente Vasco Nuñez y sus compañeros.

sin guías que le ayudasen á explorarlos, cargó todo el botín en dos grandes canoas, y retrocedió al golfo de Uraba. Allí se vió asaltado por una violenta tempestad, que estuvo á pique de hacer zozobrar los dos bergantines, obligándole á arrojar al mar la mayor parte del cargamento. Las dos canoas que contenían el botín fueron presa del furor de las olas, perdiéndose con toda la gente que las tripulaba. De esta manera burlado en sus esperanzas y acosado por las tempestades, Vasco Nuñez, logró por fin penetrar en lo que se llamaba el Río Grande, y subiendo por él, se reunió con Colmenares y su destacamento. Dirigieron entonces el rumbo por la orilla de un riachuelo que pagaba tributo al Río Grande, y cuyas aguas venían tenidas de un color oscuro, por lo que lo llamaron Río Negro. Al paso reconocieron también otros riachuelos tributarios del mismo, no sin tener que sostener varias escaramuzas con los naturales.

Subiendo por uno de aquellos ríos menores con parte de su gente, llegó Vasco Nuñez á la tierra de un cacique llamado Abibeiba que reinaba en una región pantanosa; las habitaciones de los naturales estaban construidas entre las ramas de altos y corpulentos árboles, con suficiente capacidad para contener á toda una familia. La mitad era de madera y la otra mitad de un trabajo tosco, pero fuerte y flexible; de modo que las ramas aunque agitadas por el viento no les causaban detrimento alguno: los habitantes subían á ellas con grande agilidad, valiéndose de escaleras formadas de cañas, abiertas por el medio; pues allí estas tienen el grueso del cuerpo de un hombre. Retirábanlas de noche para no ser sorprendidos en caso de ataque. Estas habitaciones estaban abundantemente provistas de comestibles; pero las bebidas espirituosas, de las que hacían gran consumo los indios, las enterraban en vasijas al pie de los árboles, para que no se enturbiasen con el mecimiento de las cabañas. Cerca de sí tenían también las canoas con que navegaban por los ríos y charcas de los pantanos ocupándose en su ordinario ejercicio de la pesca.

Cuando los indios vieron que se aproximaban los españoles, se refugiaron á sus castillos de árboles, quitando inmediatamente las escaleras. Suplicáronles los segundos que bajasen, pues no tenían nada que temer de ellos, y el cacique les contestó que así debía ser puesto que ellos no les habían ofendido. Les amonestaron por segunda vez que bajasen, porque sino, derribarían los árboles ó les pegarían fuego, quemando á sus mujeres y sus hijos. Con tan cortés invitación, el cacique se preparaba á bajar; pero se lo impidieron las súplicas de sus súbditos. Disponíanse, pues, los españoles á echar abajo los árboles, cuando se vieron asaltados por una lluvia de piedras. Cubriéronse entonces con sus escudos, asaltaron los árboles con sus machetes, y obligaron á los habitantes á capitular. El cacique bajó con su mujer y dos hijos; los españoles le pidieron oro, y él les aseguró que no tenían ninguno, porque como no lo necesitaban, jamás se habían ocupado en buscarlo. Sin embargo Vasco Nuñez seguía importunándoles con exigencias; y entonces dijo el cacique que si le dejaban ir á ciertas montañas algo distantes, tornaría dentro de poco, trayéndoles lo que deseaban. Permitiéronle marchar, quedándose con su mujer y sus hijos en rehenes, mas el cacique no volvió á parecer. Después de haber permanecido allí algunos días, regalándose con las abundantes provisiones que encontraron siguieron sus expediciones, tropezando muy á menudo con salvajes valientes y belicosos, sufriendo algunas pérdidas, y ocasionándoles terribles á los que se les oponían.

Habiendo recorrido Vasco Nuñez una grande extensión de terreno sin encontrar objetos que llamasen su atención y le empeñasen á proseguir la empresa, determinó volver á Darién con los despojos y prisioneros.